

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS

Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II

20 de Abril de 1889

NÚMERO 29

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LUIS MAZZANTINI

El *mataor chic*, el *barbián pschu-teur*, que corre los toros por derecho con *entrain* y *souplesse* extraordinarios, ocupa hoy la caricatura.

También Los MADRILES tiene *sangre torera*, que es *pure sang*.

Ahora, una duda horrible: ¿cómo saludar á Mazzantini, que tiene, como Calderón Collantes, dos naturalezas?

U tres, porque es torero él, actor él, y también escritor él.

Pues... con las palabras del gladiador: «¡Ave Ludovicus, *pagan* te salutam!»

Porque además de todo lo dicho... ¡es empresario!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.

Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





¡Jesús, qué horrible algazara
qué bullicioso contento,
qué contagiosa alegría
y qué popular estruendo!
¿Qué ocurre hoy? ¿Qué sucede?
¿Qué pasa á los madrileños?
¿Qué ocurre hoy? ¡Pues friolera!
¡Menudo acontecimiento!
¡Hoy, corrida inaugural
de la temporada! ¡Cuerno,
pues si es verdad! Ya me explico
la algazara, el movimiento...
¡Cómo está la calle, eh?
¡Qué espectáculo! ¡Soberbio!
¡Esta calle de Alcalá
hoy no es calle, es un infierno!
Todo convida á la fiesta,
buena tarde, sol espléndido...
(yo no sé si lloverá,
Dios sobre todo; veremos).
Rebosa por la ancha acera
y en constante movimiento
toda la *afición pedestre*,
que, idólatra del toreo,
á la Plaza se encamina
con paso largo y ligero,
celebrando cada *quisque*
las hazañas de su diestro
favorito, y disputando
sobre sus glorias y méritos.

¡Qué alegres van! Son los dignos
representantes del pueblo;
esos del sombrero ancho;
chaquetilla y bastón grueso...
Vedlos, vedlos cómo invaden
alborotando y riendo
la *Cuba de los dos Francos*



¿Cualquier merendero,
tomándose allí dos tintas
antes de pisar el ruedo,
que el taurófilo de *búten*,
el aficionado *neto*,
no se encarama al tendido
sin dar por allí un paseo.
Es también obligatorio,
por lo clásico y flamenco,
tirar puros á la Plaza,

alternar con los toreros,
dar un abrazo al *Guerrita*
y un apretón al *Frascuelo*,
saludando á *Lagartijo*
diciéndole: «Adiós, maestro»,
sin perjuicio de más tarde
abrumarles á improprios,
desde el tendido, llamándoles...
(lo que dejo en el tintero),
y armar escándalo y bulla,
silbar con cualquier pretexto
al presidente, y llamar
á *¡Enrique!* con voz de trueno...

Que es el pueblo soberano
locuaz por temperamento,
y tiene sangre y viveza...
y arranque, y gracia, y salero.

Por el centro del arroyo
confusión, barullo inmenso,
gritos de los mayores,
el golpe estridente y seco
de la fusta que restalla
en las orejas del penco;
coches que no han sido coches,
ni lo son ni pueden serlo,
cajones para suicidas,
pues tienen seguro el vuelco
y la Unción, y hay quien los toma
y además paga el asiento.



Reclinadas *muellmente*
sobre el almohadón deshecho
de una vetusta *manuela*,
van las *gachis* de salero
con la cara sonriente,
rojo clavel en el pelo,
cubriendo el busto arrogante
con mantón de largo fleco,
bordado en colores vivos,
que es el orgullo del *gremio*.

Al trote largo y tendido
de sus caballos soberbios
van en sus trenes de lujo
la nobleza y el dinero;
las niñas del *Copurchic*
con traje de reglamento,
la airosa mantilla blanca
formando marco hechicero
sobre la cara morena
que animan dos ojos negros;
en la mórbida garganta
lucen alhajas de precio,
y sus trajes son la *mar*
por lo costosos y excéntricos.



Bullen los revendedores
buscando ocasión y medios
de *colocar su papel*,
que se cotiza á buen precio
sin que un inspector lo *huela*
y les dé un disgusto serio;
y el colmado, la taberna,
el portal del zapatero,
la tienda de ultramarinos
y el urinario discreto,
se habilitan de taquilla
en un momento supremo;
los pobres hacen su Agosto,
y el primo paga, y *laus Deo*.

En un landó de alquiler,
más que lujoso, modesto,
viene por fin la cuadrilla
con capote de paseo,
largo *prajandi* en la boca,
el rostro alegre y risueño,
con la mirada tranquila,
con el corazón sin miedo.
Corren cien chicos gritando
tras el coche de los diestros,
turba de *capitalistas*
que quizás, andando el tiempo,
logren la fama que hoy tienen
Medrano y el *Buñolero*.

Venden otros el programa,
detestablemente impreso
de la corrida, y vocean
pregonando á voz en cuello,
el *retrato y biografía*
de los toros; hay sujeto
que lo compra, y que le sirve...
para almohadón de su asiento.



Va á comenzar la corrida;
suenan los marciales ecos
del clarín; el presidente
agita el blanco pañuelo,
y... que ustedes se diviertan,
que yo en la Plaza no entro;
de lo que ocurra en el coso,
digno de censura ó premio,
podrán enterar á ustedes
Sobaquillo y *Sentimientos*.

E. NAVABRO GONZALVO.

NUESTROS PITONES



sto es lo que dicen en metáfora las personas mayores.

Que es como decir: «Sus pitones.» La temporada taurina se abre mañana. Rafael pronunciará el discurso de «apretura.» Temporada de las más notables. Todo sonríe á la Empresa y al público «inficionado.»

El tiempo, la fisonomía del *Muñolero*, la taquilla...

Ya no hay butacas ni de orquesta para las dos primeras audiciones.

Se acabó el papel.

Como si dijéramos: «Está el pescao vendido.»

Nuestras primeras damas prueban las mantillas blancas á nuestros primeros varones para ver cómo les caen. Todo contribuye al esplendor de la fiesta, incluso la desamortización de la higiene.

Habrán toros de Arroyo, toros de Río y toros de Paja ó de Palha, del propio Portugal.

Se anuncia que habrá algunas recepciones.

Yo esto no lo creo del todo, pero lo transmito para que llegue á noticia del público.

Podremos decir al día siguiente:

«Ayer recibió el matador N. Hubo música y tabacos. N. hizo los honores con suma delicadeza y «pulcrituz.» La fiesta se acabó porque se echó la noche encima. Tuvieron que entrar los serenos y la Guardia civil para mantener la animación... dentro de ciertos límites.»

He oído que hay disgustos entre los toros de Colmenar y los de allá abajo. Que median algunos lances.

Pero confío en que todo se arreglará, porque es lo que decía un chico escritor algo cornudo:

—Si fuera «uno» á fijarse ni á tropezar en esas cosas...

Algunos aficionados de esos que todo lo saben, y que están en el secreto, aseguraban choques entre la Empresa y varios diestros.

—Le digo á usted que no hay corridas de toros hasta Mayo.

—¿Va usted á mandar que llueva?

—No voy por ahí.

—Si es cierto el dicho de que no llueve por los feos, no hay miedo de que haga usted caer dos gotas de agua.

—Lo digo, porque yo sé lo que hay.

—¿Eso de la calle de Fuencarral?

—No: entre ellos.

—¿Entre quiénes?

—Que Rafael no mata tres toros por el mismo dinero que mata dos.

—Está bien.

—Ni *Pepín* da la puntilla á tres como á dos individuos.

—¿Individuos?

—Individuos de la clase de toros.

—¿Y qué sabe usted más? pregunté al sabio aficionado.

—Que Salvador no torea más que en ciertos días de la semana.

—Es la *chipén*: los domingos.

—No, señor.

—¿Que no? Y algunas fiestas.

—Que no.

—Y algunos días de trabajo.

—Salvador no matará los últimos toros.

—¿Cuáles son los últimos?

—Ni torea en día impar.

—Pues yo, apunta otro, sé que *Guerrita* se ha dejado decir que es el amo.

—¿Se ha dejado decir? Sí, se lo habrá dicho su amigo A. ¿Y él qué va á hacer?

—No, que dice que todos los que le suelten han de ser be-
rrendos y «de acá.»

La señal de los cuernos, mal comparados.

Llega el día de la corrida.

Los mismos noticieros ambulantes y gratuitos andan á «bofetás» por sostener lo contrario que decían en la víspera.

—¿Pues no decían que Rafael no torea? pregunta uno de los susodichos.

—¡Ahí verá usted! ¡Mentira de los malos aficionados!

¿Y Salvador? También decían que no peleaba en día impar.

—Infundios.

—¡Valiente temporada!

—Menos cuando nos toque Luis de primero.

—Bueno; es que ya lo anuncia el cartel: en ese día habrá medio espada.

—¡Ya!

—Y caballeros en plaza.

—Como que en el cartel falta mucho.

—¡Ya lo creo! Faltan el Sr. Manuel Dominguez, el Garcilaso de la Vega... Armijo, y el Padre Freijóooo.

SENTIMIENTOS.

EL SEÑOR TORIBIO



Casi todos los del 9 le conocen.

Es uno de los aficionados más antiguos y más inteligentes que concurren á la Plaza de Madrid.

Cuando estaba la Plaza vieja junto á la puerta de Alcalá, iba siempre á pie á ver la corrida. Hoy los años y la dis-

tancia le hacen forzosamente ir en coche, y ésta es la única contrariedad que experimenta en esos días.

El señor Toribio, como le llaman sus amigos y compañeros en la *afición*, vive en una de las últimas casas de la calle de Toledo.

Coleccionador infatigable de toda clase de trabajos pertenecientes al arte, su domicilio es un verdadero museo taurómico.

Amén de cuatro ó cinco cabezas de toro, disecadas, cada una de las cuales perteneció á un bicho célebre y marca una efeméride desgraciada en el arte del toreo, puesto que cada una de ellas recuerda la cogida de un diestro afamado, encuéntrase por todas partes, sobre los muebles, en los cajones, en los armarios, en los rincones de todas las habitaciones, estoques, moñas, banderillas, puyas, muletas, capotes de paseo, tiras de percal de las capas de brega destrozadas en el redondel, el colmillo de un banderillero, la alpargata de un mono sabio, y treinta y dos pelos de la coleta de un maestro muerto en el ejercicio de sus funciones; es decir, en el ruedo.

Por todo el oro del mundo no cedería el señor Toribio ninguno de aquellos objetos, que mira como pedazos de su corazón, como carne de su carne, como cosa propia, en fin.

Tiene colgados en la sala cuarenta y dos cromos, representando otros tantos toros; un magnífico mapa, donde están detallados los hierros y las divisas de todas las ganaderías, un cuadro sinóptico de las cogidas que han sufrido los diestros desde la creación del mundo hasta nuestros días, y seis mil seiscientas

sesenta y seis tarjetas fotográficas, retratos de los toreros modernos, sin distinción de clases ni categorías.

Para el Sr. Toribio, con ser torero ya se es un hombre superior, y vale la pena que se adquiriera su retrato, bien sea éste el de *Lagartijo*, ó *Frascuelo*, ó el del *Piripí* ó el *Buñolero*.

La biblioteca de nuestro aficionado es también digna de ser visitada. Figuran en primer término una docena de diccionarios taurinos; siguen todos cuantos libros se han publicado sobre cuernos en lo que va de siglo, y acaban de llenar la amplia estantería, la colección completa de ochenta y dos periódicos taurinos, descollando en primer término *La Lidia* y *El Tío Jindama*.

Pegadas con obleas, tiene en la pared de su alcoba las caricaturas de los revisteros de toros de más fama, y no pasa un día sin que al levantarse dirija á los susodichos la más plácida y bondadosa de sus sonrisas, y diga invariablemente á la parienta éstas ó parecidas frases:

—¡Ahí los tienes! Esos son los hombres de este siglo; los únicos que saben ver toros, y distinguir, y dar á cada uno lo suyo. Si no fuera por ellos, ¡cómo andaría el arte! ¡Dios les conserve la vista y la salud y las ganas de escribir, para bien de España y de los toros!

La parienta se incorpora, bosteza, se santigua, y el señor Toribio prosigue:

—Anda, Ruperta, anda; la oración de todos los días por éstos, antes que se olvide.

Y el matrimonio reza devotamente un Padrenuestro y dos Ave-marias para que Dios conserve la salud y las facultades á los distinguidos revisteros *Sentimientos*, *Sobaquillo*, *Alguacil*, *Aficiones*, *Don Jerónimo* y *Juan Coleta*.

Y después de esto, el señor Toribio se dirige al comedor, el cual está empapelado por completo con carteles de corridas de Beneficencia, toma chocolate, se atusa los pelos con un peine de cuerno y se pone á leer, hasta la hora de almorzar, el *Anuario Taurino* de Eduardo de Palacio.

K. POTE.





Rafael Molina (Lagartijo).



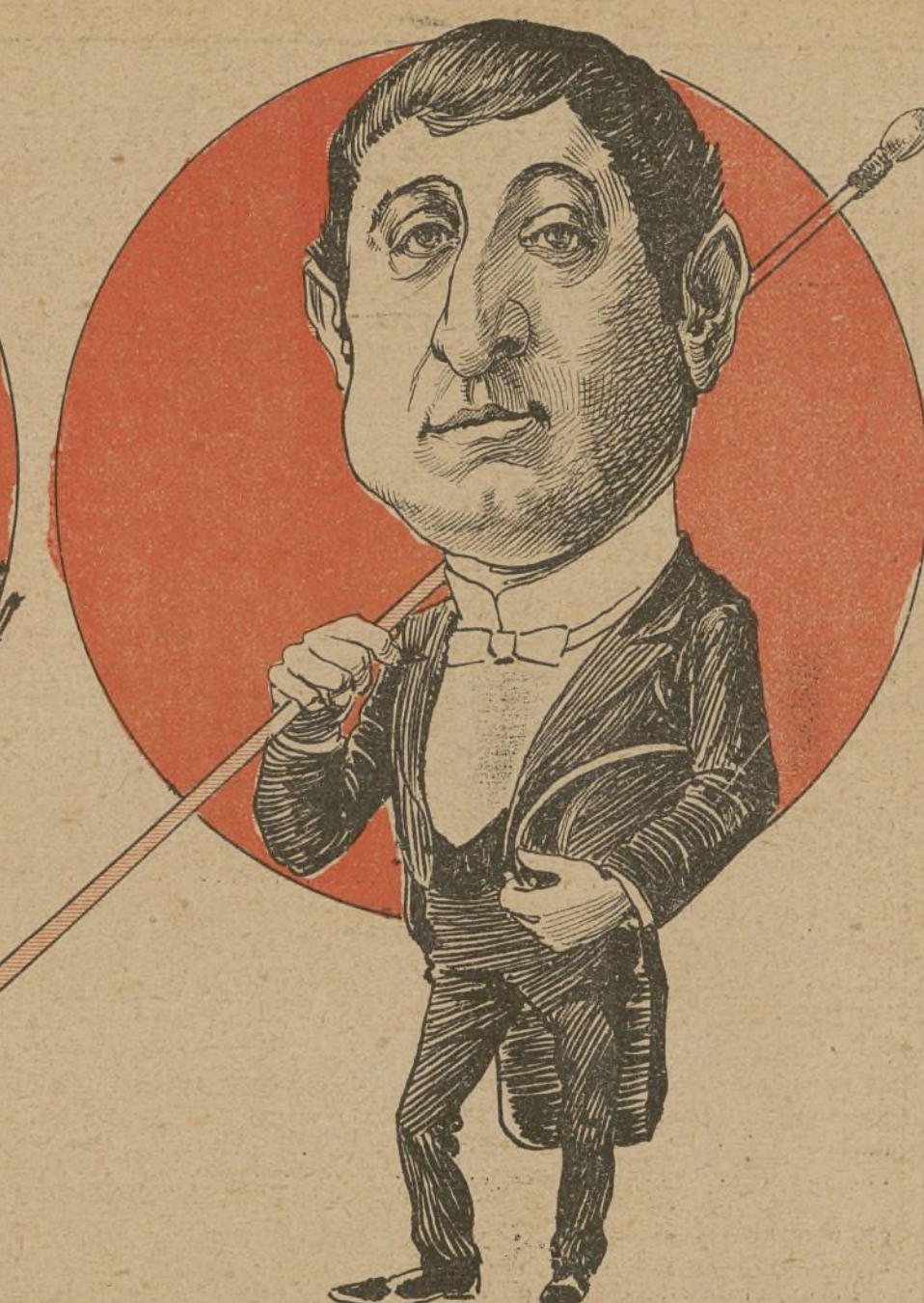
Salvador Sánchez (Fracuelo).



Rafael Guerra (Guerrita).



Antonio Pérez (Ostión).



José Bayard (Badila).



Rafael Bejarano (Torerito).



Rafael Rodríguez (Mojino).

TOROS EN EL PUERTO ⁽¹⁾

Sr. D. José Navarrete:

Afirma usted que el traje del torero es ridículo. ¡Sea todo por Dios, que le ha vuelto á usted la vista del revés! ¿Son más artísticos nuestros pantalones, más airosas nuestras levitas? Y si la moña le parece repugnante, por tener algo de femenino, ¿qué no debe parecerle nuestro clásico sombrero de copa alta, que á cada paso nos recuerda un mueble, llamémosle así, de inexcusable servicio?

Pero venga usted acá; ¿cómo quiere usted que tengan fuerza sus argumentos contra el toreo, si al lado les pone este bellísimo cuadro?

«Trenes y faluchos, diligencias y vapores, vomitaban millares de pasajeros en el Verjel y en la Victoria.

«Eran de ver, dos horas antes de ir á la plaza, el Colmado, la Fuentecilla, y, sobre todo, el patio y los comedores de la fonda de Vista Alegre, de bote en bote. Encontrábanse allí, y allí cambiaban abrazos y cañas, la gente de Cádiz, la gente de Sanlúcar, la gente de Jerez, la de Lebrija, la de Puerto Real, la de Rota... todos en pie, todos en movimiento, en torno de aquellas mesas cubiertas de langostinos, de bocas de la Isla, de ostiones de concha, de botellas de vino... ¡Qué voces! ¡Qué ruido de cristal! ¡Qué atmósfera llena de los vapores del menudo y del perfume del oloroso y de la manzanilla!

«A las tres y media quedábanse desiertos el paseo, las tiendas de montañés y la fonda, é interminables hileras de almas iban para la corrida por las aceras de las calles de Palacio y de Luna. Inundaban la plaza de la Iglesia, concluían formando una masa compacta, una columna inmensa en la calle de Santa Lucía, y continuaban hasta el circo entre las filas de puestos de abanicos de calaña que alternaban con las espuelas de avellanas, cuyos tios desgañitábanse gritando: «¡A dos reales la grande, y á probarlas!»

«¡Olé por la sangre torera de D. José Navarrete! Sí, señor, sangre torera tiene usted; que de lo contrario no podría pintar con requetetantisíma gracia el cuadro de «¡A los toros, á los toros!»

Pero, hombre de Dios, ¿no sospechó usted, al pintarlo, que á los aficionados y á los que no lo son se les iba á hacer la boca agua y á entrarles una comezón de ir á la plaza, capaz de volverles tarumbas? ¿Y cómo no? ¿Acaso no es digno ese cuadro de que se despueble el mundo entero por ir á gozarlo? ¿Dónde está el pacato que lo pospone á las mojigangas, cucañas y fuegos de artificio?

«Y eso que se ha dejado usted sin pintar la mitad del lienzo! ¡Ay, maestro, si yo tuviese la pluma y la sangre torera de usted!

Pero venga usted acá: se que de la puerta; éntre conmigo en la plaza. ¡Qué animación, qué bullicio, qué alegría! Pasemos á nuestro asiento de valla, para ver la lidia desde cerca. Quizás algún chulo conocido nos tire su capote de paseo al cajón, donde lo tenderemos á modo de colgadura para darnos pisto.

«Cuán llenos están los palcos de mujeres bonitas! Allí la gaditana de tez pálida, mirada habladora, sonrisa celeste y cintura y pie de bayadera, sorbiéndole los sesos á un inglés, extractor de vinos, que, por agradar á su adorada prenda, ha dejado su monóculo, su sombrero con crespón blanco y su levísac, por el bastón de estoque, la camisa de chorreras, el calañés con barbuquejo y la chaquetilla de alamares; y allá la jerezana de ojos como luceros, rosada tez, copiosa cabellera y abundante seno, entre dos de sus paisanos, gran garrochista el uno, de patillas achuletadas, marsellés y hongo pavelo, y el otro, aunque más negro que un chorizo, dándosela de inglés con sus lentes, levita abotonada y castora blanca.

Pues ¿y los tendidos? Con el señorío masculino de todos los pueblos de veinte leguas á la redonda, se confunden el marchante de Arcos, el arriero de Conil, el vendedor de peros y camuesas de Ronda, el calesero de Chiclana, el hortelano de Vejer, el alfajorero de Medina, el calafate de la Carraca, y mil y mil tipos más, vestidos de mil colores y modos diversos; éste calzando el botín acariado, aquél, ceñido á la cintura el arco iris en forma de faja; todos hablando á un tiempo y riendo y asaeteándose á chistes; uniéndose á tal baraúnda el estrépito de las músicas, el acompasado golpear de los bastones y los gritos de los que pregonan, *agua con anises, avellanas y garbanzos tostados, cañaillas ó bocas y almendras de canela.*

«Pero qué aplauso es éste? ¡Ah, que sale la cuadrilla! ¿Dónde ha visto usted gente de más garbo y gentileza, ni más lujosa y bellamente ataviada? ¡Qué gallardía en el

andar! Como que son hijos y hermanos de los infantes de Breda y de Pavía y de los cazadores de Africa.

Sale la fiera. Parece de terciopelo, por su finura y brillo, su piel azabachada, y no se comprende cómo estando atocinada puede sostenerse sobre remos tan finos y vencer al viento en ligereza. Un hombre se va á ella armado de una vara; el toro, al verle, le arremete, se juntan. ¡Jesús!... No es nada, hombre, es que *Chicorro* ha dado el salto de la garrocha. ¡Con cuánta precisión, limpieza y gracia pasó por encima de la res! Pero ésta no pára de correr, ni se percata de que hay hombres y caballos en el ruedo. ¿Quién será capaz de detenerla?

Con mesurado paso se dirige á ella señor Manuel Domínguez, ábrele el capote, y en un palmo de terreno le da una verónica y otra, y dos ó tres navarras que la dejan como clavada á diez pasos de las tablas. Ya ha tomado tres varas de Trigo y los Calderones; uno de éstos cae al descubierto; tápese usted los ojos; pero no, no hay cuidado; *Bocanegra*, mientras otro chulo cubre con el capote al picador, agarra por la cola al toro y se lo lleva dando vueltas á los medios, donde, soltándole, se queda ante él cruzado de brazos á media vara de los cuernos.

«¡Qué cuadro! Pero no es el que le sigue menos bello. Las banderillas en una mano, y en la otra una silla, vase á los medios el *Gordito*, y cuando el toro le mira, da hacia él unos pasos, siéntase en la silla, cruza de piernas y lo llama y espera su embestida. El animal, asombrado quizás de tanta audacia, permanece quieto, y el torero se le acerca poco á poco, tirando con una mano, y por entre las piernas, del asiento de la silla, y le vuelve á citar; engállase entonces la fiera, parte hacia él como el huracán, y llega á la silla y la voltea y desbarata en el instante en que, rápido como el rayo, el torero quiebra de cintura, se sale de la cabeza, da frente al costado de la fiera y le clava los rehiletes en lo más empinado del morrillo.

Pero hay más: Domínguez, después de brindar y de mandar al estribo á la cuadrilla, se adelanta al toro hasta desplegarle la muleta en la cara, se cambia cuando le embiste, le pasa al natural, se lo echa fuera con un ceñido pase de pecho al revolversele, y después de darle otro en redondo, llevándole el trapo pegado siempre al hocico, cuádrase la fiera. Imitale el matador, se perfila, lía el trapo, mete el pie, cita al toro, lo espera clavado en tierra, y lo echa á rodar cuando se arranca, de una estocada por todo lo alto.

«¡Qué bullicio! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué locura!—¿Usted también se entusiasma y tira el hongo al ruedo? ¡Bien decía yo que tenía usted sangre torera!

Ahora, mientras las jacas del señor Canelo arrastran los potros y el toro muertos, subamos al palco de aquellas señoritas que nos brindan con unas copas de manzanilla. Así podremos decirles que.....

«Que no va usted por no perder la salida del segundo toro? Yo tampoco quisiera perderla; pero... En fin, aguarde usted un poco, que pronto volverá su amigo

JOSÉ VELARDE.

¡A LOS TOROS!

Será cruel y sangriento, y antipático y brutal presenciar desde un asiento nuestra fiesta nacional; pero yo que paso ratos en extremo divertido, desoyendo á los *sensatos* no abandono mi tendido.

«Que esa indigna diversión es brutal? ¡No sé por qué! ¿Acaso es malo el jamón porque no le guste á usted?

Ya sé yo que usted profesa todas esas teorías que aprendió de sobremesa en cafés y horchaterías, y que lleno de piedad sostendrá los ideales de la excelsa *Sociedad protectora de animales.*

Dirá también que es desdoro, propio de un pueblo salvaje, consentir que á un pobre toro se le pinche y se le raje, con instinto tan brutal, que, herido en el corazón, hacen del pobre animal objeto de diversión.

Dirá usted que causa horror ver al toro bravo y fiero que arremete al picador destripando al pobre overo, y que, indefenso y vendado víctima de la cuadrilla, cuando ya lo han destrozado suelen darle la puntilla.

«Y el torero...? ¡Qué torero! (responderá usted al instante) ¿No va allí por el dinero? pues entonces, que se aguante; y si saca una cornada, que se calle y se fastidie, porque, ni hay razón fundada, ni le obligan á que lidie.

«Eso sí que es lo brutal! ¡Eso sí que causó horror! ¡Defender al animal despreciando al lidiador!

«Por qué emplea con nosotros esos argumentos de antes? ¿Es que al hablar de los potros defiende á sus semejantes? ¿Es que tiene ese capricho para poder disputar? ¡Hombre, pues haberlo dicho y acabáramos de hablar!

FIACRO YRÁYZOZ



(1) Del libro *Toros y chimbórazos*, publicado por esta Empresa.

La justicia y los toros.

Al Sr. D. Federico Urrecha.

Director de LOS MADRILES.

URRUCHO Urrecha: «Mándeme usted cuatro líneas para un número de LOS MADRILES que voy á dedicar á los toros,» me dijo usted ayer.

Y aquí me tiene usted, sin saber á qué Santo encomendarme para echar media hora á cuernos.

Hace un año próximamente que me *quité* de los toros, con el firme propósito de no volver á ellos; estoy, por lo tanto, fuera de ambiente y me marcharé de Madrid antes que empiece la temporada taurina, resuelto á no asistir más que á las corridas traducidas al francés que se verificarán en París, durante la próxima Exposición.

Comprenda usted, pues, mi apuro al tener que hablar á usted de cosas que en la actualidad despiertan en mí un interés escásimo, y no se enfade si estas líneas son indignas de figurar en el chispeante semanario que dirige usted con tanto acierto.

Voy á relatar á usted un suceso extraordinario y verídico que he oído de labios de persona respetable. Aún viven muchos de los que lo presenciaron, y si me decido á referírselo á usted es porque el terror que inspiran las diligencias judiciales, terror, en mi concepto, justificadísimo, presta á mi narración marcado sabor de actualidad, en estos días de Higínias, Dolores, Cachaperines *e compaña bella*.

El suceso ocurrió en un pueblo de Navarra, y fué del modo siguiente:

Debía celebrarse la fiesta patronal y era costumbre que se corrieran, en aquel día, vacas por mañana y tarde en la plaza de la Constitución; pero no sé qué calamidad afligía en aquel entonces á la comarca, si la guerra, el cólera ú otro azote parecido.

Lo cierto es que el Ayuntamiento del pueblo se reunió en sesión extraordinaria y decretó unánimemente que aquel año no hubiera toros en el pueblo.

¡Aquí fué Troya! La indignación se apoderó de todos los vecinos: reunieron éstos, á su vez, bajo la presidencia del herrero, hombre de pelo en pecho, gran voceador y que ejercía sobre sus conciudadanos influencia decisiva, y resolvieron por aclamación celebrar la corrida de toros, así se hundiese el firmamento.

La víspera de la fiesta, por la noche, hallábase reunida la Municipalidad en el *Hotel de Ville* del pueblo, con el objeto de excogitar medios para evitar aquel tremendo desacato, cuando de pronto se vió el salón de sesiones invadido por las turbas que capitaneaba el herrero, las cuales se apoderaron del alcalde y de

todos los concejales allí congregados y los encerraron en los bajos del Municipio.

Salió en seguida una Comisión á buscar las vacas, trajéronlas al pueblo, las enchiqueraron convenientemente, y al segundo día, á las once en punto de la mañana, estaba el herrero en el balcón de la Casa Consistorial, acompañado de varios destrozones que formaban la presidencia de la corrida.

Flameó el herrero un hermoso pañuelo de hierbas, y dió comienzo la *lidia*. Salió una vaca, y otra, y otra, y en cuanto barruntaban los lidiadores algún cansancio en el presidente, dirigiáanse á él á voz en cuello, gritando:

— ¡Tío herrero, que salga otro, andusté!

Y el herrero agitaba el monumental pañuelo de hierbas, y continuaba la corrida.

Así duró ésta desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde, interpolada con la muerte de dos vecinos que pagaron en los cuernos de las vacas su desmedida afición al espectáculo nacional.

Á las cinco y media soltaron al Ayuntamiento, dióse por terminada la fiesta, y el pueblo volvió á su estado normal como si tal cosa hubiese pasado.

Como había habido dos muertos, el juzgado de la capital se personó al día siguiente en la localidad y comenzó á instruir las oportunas diligencias.

¿Y sabe usted, amigo Urrecha, lo que averiguó? Pues averiguó que *no había habido toros*. ¡Ni Dios los había visto! Los cuatrocientos lidiadores estuvieron unánimes en declarar que aquello era una solemne mentira, una calumnia feroz, y en poco estuvo que llevaran ante los Tribunales al Ayuntamiento, porque los vecinos del pueblo declararon que, el día de la *supuesta* corrida, todos los miembros de la municipalidad, con el alcalde á la cabeza, habían paseado *coram pópulo* por las principales calles de la población, y no habían podido, por ende, estar encerrados, como ellos infamemente suponían.

Con lo cual se dió sepultura á los muertos, el herrero obtuvo una ovación, y se sobreyó la causa por falta de pruebas.

¡Y que les vayan al herrero y consortes con justicias históricas!

— ¿Sirven estas cuartillas? Pues mande usted otra cosa. ¿No sirven? Pues rómpalas usted (creo que será lo mejor), y hasta otra, que no por eso hemos de ser menos amigos.

Suyo afectísimo,

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Su casa, 10 de Abril de 1889.

¡VOTO EN CONTRA!

Al llegar á este punto, oídos los pareceres de sacerdotes en puntas tan eximios ellos como *Sentimientos* y Peña y Goñi... exclamará sorprendido el aficionado lector:

— ¿Por dónde sale ahora éste?

Ya; ya sé que esto sienta en este número como en un Santo Cristo un par de pistolas, de arzón, para que el contraste sea mayor; pero he de declarar que en cierto modo este rasgo mío de valor cívico no se debe al propio impulso: he sido empujado á él por quien puede.

Hace ocho días fuí evocado por el Director de este periódico, persona para mí de gran respeto, pero (dígase todo) lleno á veces de caprichos extravagantes.

— Amigo Calibán, me dijo con cierta preocupación, vengo á pedirle su concurso en un número especial que proyecto.

— *Vedíamo!*

— La temporada taurina se acerca; el público pide toros, y hay que echarlos. El Sábado de Gloria es la víspera solemne de la corrida de inauguración, y el sábado hay número.

— Adelante.

— Pues me ha parecido conveniente dedicar aquel á la afición, *echarle toros* al público, y tengo la cosa casi cocida: un artículo de *Sentimientos*, gloria pura; otro de Peña, las propias mieles; otro de K. Pote, ambrosía de Sanlúcar; otro... vamos, otro de usted.

— ¿Mío? ¿Yo?... Pero...

— Nada, es indispensable.

— Pero... ¡si yo soy enemigo rabioso de eso!

— ¿De qué?

— De los toros.

— Yo también, me contestó filosóficamente el Director. Crea usted, amigo Calibán, que no son animales de mi mayor aprecio. Pero en la plaza... ¡ah!

Y el Director pareció sumirse en éxtasis teresiano.

— Corriente, dije. Haré el artículo; pero conste que ha de ser reflejo de mi manera de pensar, un ataque á la afición y no otra cosa.

El Director pareció consternado.

— Vamos á ver, le dije; usted quiere hacer un número para los taurófilos. Bueno, pero considere usted que lo ha de comprar alguien más que no lo sea, y hay que mirar por éste. Habrá muchos que lean lo que los demás digan y no se hallen conformes, y así, al llegar á mi artículo, sentirán cierta bienaventuranza y exclamarán: «¡Este tío tiene razón!»

Y el Director se convenció, porque el hombre es razonable, á pesar de todo, y yo empecé el artículo, que remití ayer á la imprenta metido en un cuerno.

No sé si habrá servido, porque todo esto que escribo son reflexiones mías posteriores al artículo; pero por si ha ido á parar al cesto, vean ustedes la miga en que yo envolvía mis argumentos.

Me permito, ante todo, un voto de censura enérgico y pletórico de indignación contra los revisteros taurinos. Ellos, chicos de tan superior ingenio, hombres, fuera de esto, juiciosos y serios, se entretienen en extraviar al público por indebidamente vedadas.

Peña y Goñi, lleno de gracia, como María (de otro modo, claro!) reputadísimo crítico musical y escritor ingenioso, me llenó de asombro cuando no recuerdo en cuál temporada se enredó en una polémica sobre las sutiles diferencias entre las *suertes* de recibir y aguantar.

¡Aquello fué el delirio! Peña y Goñi definía ambas *suertes*, y llegaba á señalar *terrenos*, *vaciados*, y otros perfiles casi en centímetros.



— El toro arranca en dos metros setenta; el espada se *escupe* (así, se *escupe* el muy sucio) en un metro ochenta... pues esto es *aguantar*: infalible!

¿Que había siete milímetros de diferencia? Pues entonces era *recibir*.

Yo no sé si Peña y Goni tomaría las medidas sobre el terreno; presumo que no; pero aunque las hubiera tomado, niego que lo de las medidas sea verdad. No hay toro que sepa el sistema métrico, ni aun los Veraguas.

Pues por este estilo, los demás *revisteros*.

Creo que en el artículo digo algo, muy poco, sobre el espectáculo que dan los caballos; y digo poco, por lo mismo que el argumento se ha sobado mucho. Pero si salgo al paso de esto que contestan los aficionados:

—A los caballos se les hace un favor con llevarlos a morir allí, porque son pencos enfermizos y casi moribundos.

Yo no sé la opinión que tendrán indudablemente los caballos sobre esto, aunque se la callan por vergüenza; pero a poco que estiremos el argumento y lo apliquemos a la vida, resultará la enormidad de despenar y quitar de en medio a todo aquel que se hallase en la situación de los caballos.

No me daba el artículo espacio para examinar un punto importantísimo: el de saber si el espectáculo *afinaba* las costumbres; pero recuerdo que lo negaba en redondo. Para hacer el paladar se usan en la Plaza los siguientes vocablos, todos escogidos:

—Tumbón, cobarde, tío judío, asesino, indecente, sinvergüenza, mar y con, mamón (esto de *mamón*, dicho a *Frascuelo*, por ejemplo, que está destetado hace cuarenta años, tiene mucho salero), etc., etc.

Porque hay todavía repertorio que no puede decirse en letras de molde.

De modo que ya ven ustedes si se afina el lenguaje con aquellos y los otros elementos.

Si yo tuviera la gracia inagotable de Tomás Luceño, hubiera hablado en el artículo de lo que tiene relación con el idioma maltratado en la Plaza; pero no quise decir nada sobre esto.

Si diré ahora que aún no he podido entender las siguientes cosas:

Escupirse: esto supone en cualquiera desidia incurable, y no debe de ser otra cosa en la Plaza tampoco, porque he oído muchas veces a los aficionados decir con indignación:

—¡Pues no se ha escupido el muy... leñero!

Tienen razón.

Cuartear, operación que deben hacer frecuentemente los picadores, y que también saca de quicio al aficionado. No he encontrado en ninguna parte la aplicación taurina del vocablo.

Meter los brazos. Debe referirse sin duda al acto de vestirse la chaquetilla los diestros, capítulo de las mangas.

Entrar *por derecho*. Debe rezar con los concejales y diputados provinciales, que entran en la plaza *por derecho propio* y de momio.

Traerse respeto: se dice sin duda de los toros de buena familia, y que por esto merecen mayores consideraciones y respetos que los pelones.

Una larga. Definición deficiente, porque falta la medida. Si es muy larga, la mitad ó la cuarta parte será *una corta*. Hay que arreglar esto.

Una verónica. Argumento en favor de los que dudan de la verdad bíblica, porque resulta que hay más de una Verónica; hay muchas verónicas. ¡Qué conflicto, Señor!

Los rubios. Ignoro si se referirá a la clasificación natural de los espectadores, en rubios y morenos; pero si es así ¿dónde me dejan a las rubias?

Creo que no había mucho más en el artículo, aparte las frases de rúbrica contra el espectáculo *brutal, salvaje, indigno de naciones civilizadas*, etc., etc., llenas de justa y noble indignación.

Conste así que voté en contra, por si no se publica el artículo.

No decía, y es natural, en aquél que con el *dador* enviaba a cobrar su importe.

Lo digo aquí, y añado que con aquellos dineros he pagado religiosamente mi abono a una primera fila de tendido de sombra!

CALIBÁN.

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LIBRERÍA
DE
ORTEGA Y VÁZQUEZ

Primera de Santo Domingo, 12,
MÉXICO

Agentes en la República mexicana
para la suscripción y venta de

Los Madriles.

PARÍS EN AMÉRICA

Quincalla, librería y novedades

DE

PACIFICO Y LEOPOLDO MARVEZ
VALENCIA (Venezuela.)

Agentes para la suscripción y venta de

Los Madriles.

MENSAJERÍA DE LA PRENSA ESPAÑOLA
EN LISBOA

Director-fundador: JULIÁN SAPETTI

Rua Nova do Almada, 53.

Agente en Portugal para la venta y
suscripción de

Los Madriles.

LOS MADRILES

REGALA

LA MUJER, EL MARIDO

Y LA VECINA

preciosa novela de D. F. Serrano de la Pedrosa, con ilustraciones en color en todas las páginas,

A los que renueven

la suscripción por seis meses desde 1.º de Abril, y

A los nuevos suscritores

por igual tiempo.

Nota. Esta ventaja la disfrutarán sólo los suscritores de la Península que hagan sus abonos directamente en la administración de

Los Madriles.

Los no suscritores que deseen adquirir esta novela, la recibirán abonando

Dos pesetas.

LIBRERÍA
DE LA
VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y
venta de

Los Madriles.

LIBRERÍA Y PAPELERÍA

DE

FRANCISCO ARROYO

Sarandí, 236, MONTEVIDEO.

Agente en el Uruguay para la suscripción y venta de

Los Madriles.

LIBRAIRIE

DE

MARCELIN LACOSTE

Place de la Comedie, 8, Bordeaux.

Agente pour les abonnements et vente de

Los Madriles.

DOCTOR MONROY

DENTISTA

Corredora de San Pablo, 21, principal

Contiguo al teatro de Lara.